

El ballet brasileño languidece, su apogeo de los años sesenta terminó. Las grandes antiguas compañías desaparecieron y apenas sobrevive el Cuerpo de Baile del Teatro Municipal de Río de Janeiro. El resto es marasmo, desolación y decadencia de un arte que vivió en Brasil momentos de esplendor.

De acuerdo a los programas docentes del país, un bailarín se forma en nueve años. Los tres primeros exigen la asistencia diaria a clases, mientras los seis restantes se limitan a doce cada mes. Una vez egresado, e incorporado al Cuerpo de Baile, recibirá un salario de mil cruzeiros (ciento cuarenta y tres dólares aproximadamente).

Esto significa que vivirá en medio de enormes dificultades económicas, prisionero de una rutina absurda, actuando no más de diez veces por año. Tendrá que adquirir, además, sus propias zapatillas—las más simples cuestan treinta cruzeiros (4,30 dólares) y duran apenas un mes— y los pésimos zapatos de punta de fabricación nacional cuyo precio supera los ochenta cruzeiros (11.40 dólares).

46

JOAQUIN G. SANTANA

agonía del ballet brasileño

la gran inconstancia
nacional

Para sobrevivir, el bailarín brasileño ha optado por presentarse en

la televisión como corista y por actuar en segundos planos, dentro de la estructura superficial de "shows" humorísticos, corriendo el riesgo de ser suspendido, puesto que su condición de "funcionario público" le prohíbe presentarse fuera de los escasos espectáculos programados por el Cuerpo de Baile.

Nina Verchinina, directora de una de las agonizantes escuelas de ballet que aún subsisten, se queja del peso asfixiante del burocratismo. Señalar un ensayo extra es una pesadilla, según ella, y recibir el pago de esas horas extraordinarias de trabajo es mucho peor. Contratar un buen coreógrafo es casi imposible.

Sin embargo, compañías extranjeras se presentan con éxito en el país, lo que hace pensar a los brasileños interesados en salvar su ballet que se trata de una cuestión de divulgación y de constancia.

La solución esencial de esta crisis, según profesionales y aficionados, está en alcanzar un número mayor de presentaciones para reconquistar el prestigio perdido. El resto de las dificultades, opinan, se subordina a la posibilidad de transformar positivamente la arcaica estructura oficial que asfixia al sector.

el esplendor de ayer

Los orígenes del ballet en Brasil se remontan a 1919. Ese año María Olenewa se instaló en Río al frente de una pequeña "troupe". Durante más de una década se presentó, junto a grandes compañías extranjeras, con la participación de aficionados brasileños de notable talento. Esta mujer libró una larga batalla dirigida a lograr la fundación de un centro estatal de estudios de ballet y, en 1931, consiguió la integración de la Escuela de Danzas Clásicas.

Posteriormente, con la contratación de famosas personalidades europeas, se inició una etapa superior que culminó en la creación

del Cuerpo de Baile del Teatro Municipal.

Fue entonces que surgieron las grandes figuras del ballet brasileño (Bertha Rosanova, Madeleine Rosay, Tamara Capeller, Yuco Lindberg, Leda Iuquí) y comenzaron a fundarse escuelas en Recife, Sao Paulo, Belo Horizonte y Salvador. Vaslav Veltechek, que visitó el país en 1931, regresó a Río en 1943 para integrar el Conjunto Coreográfico Brasileño, el primer grupo nacional que salió de Brasil y el pionero en los estrenos de piezas nacionales como *Uirapuru*, de Villa-Lobos, y *Fiesta en las rocas* de José Siqueira.

En 1955 llegó, procedente de París, Eugenia Feodorova, que actuando como maitre de ballet y coreógrafa del Festival de Río de Janeiro, elevó este arte al más alto nivel, gracias a sus minuciosos estudios de la historia brasileña, realizados para homenajear a Villa-Lobos, y su montaje de *Descubrimiento del Brasil*.

Los años sesenta encontraron al ballet brasileño en pleno apogeo. Habían sido creadas importantes compañías danzarias (Compañía de Verano, Ballet de Juventudes, Ballet del IV Centenario de Sao Paulo) y algunas figuras del país habían alcanzado los primeros planos internacionales. La década del setenta, sin embargo, marcó el inicio de un deterioro que en sólo cuatro años se ha agudizado al máximo.

Actualmente la única instalación oficial es la Escuela de Danza Municipal de Río de Janeiro, pero sus egresados no disfrutaban de un status profesional reconocido.

A favor del reconocimiento de esa profesionalidad se proyectan hoy día diversas organizaciones en las que se agrupan los bailarines. Ninguna ha conseguido el éxito en sus gestiones. Todo indica que ha de perpetuarse lo que los sobrevivientes del ballet brasileño califican de "situación absurda, sostenida por el amor al arte".